



*Guido Pagliarino*

***La Verdad y La Verosimilitud***

*Relatos de la segunda mitad del siglo xx*



**Guido Pagliarino**  
**La Verdad Y La Verosimilitud**

*La Verdad Y La Verosimilitud:*  
*ISBN 978-8-87-304427-7*

Guido Pagliarino

La verdad y la verosimilitud

Relatos de la segunda mitad del siglo xx

Copyright © 2018 Guido Pagliarino - All rights reserved

Libro y E-book distribuidos exclusivamente por Tektime

Guido Pagliarino

La verdad y la verosimilitud

Relatos de la segunda mitad del siglo xx

© 2018 Guido Pagliarino

Traducción del italiano al español de Judit Giménez I

Sanjuán

La distribución de este libro tanto físico como en e-book es competencia exclusiva de Tektime

Todos los derechos pertenecen al autor en todo el mundo.

Título original en italiano: *Il Vero e il verosimile - Racconti del secondo 900*, Tektime, © 2017 Guido Pagliarino

Imagen de portada: *La Verdad y la Falsedad*, Alfred Stevens, 1857, Museo Británico, Londres: Verdad sentada en un banco con el pie sobre el pecho de Falsedad, reclinada debajo y que lleva puesta una máscara. Verdad le arranca la doble lengua - Cover image: *Truth and Falsehood* by Alfred Stevens, 1857, British Museum, London: Truth seated on a bench, her foot on the chest of Falsehood, reclining below, wearing a mask, tearing out his double tongue

Los acontecimientos, así como los personajes y los nombres

son imaginarios. Ninguno de los relatos de la antología está basado en hechos reales. Cualquier parecido con la realidad pasada o presente, y en concreto con personas que existen o hayan existido, con entidades, institutos, empresas, sociedades y sus productos existentes o existidos es totalmente involuntario y pura coincidencia.

Índice

Breve introducción del autor

Guido Pagliarino, La Verdad y la Verosimilitud, Cuentos de la segunda mitad del siglo xx

Polvo para construir montañas:

Prólogo

Antecedentes

Epílogo

La Verdad y la verosimilitud

La fuga

La Verdad, su enemigo y el padre Paul

La razón de los signos

Perro fantasma

La herencia de Mãe

BREVE INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

Hay siete relatos ambientados en las últimas décadas del pasado milenio: en «Polvo para construir montañas» seguimos a un joven aprendiz de empresario, heredero presunto de una empresa de producción de juguetes y productos de modelismo en la Italia del boom

económico de principios de los 60. Se enfrenta a prejuicios y vilezas, a falsas apariencias y a la megalomanía ajena. En «La verdad y la verosimilitud» nos encontramos con las vicisitudes familiares dramáticas y grotescas de un hombre que, según unos, es un canalla, y según otros, más bien un santo. En «La fuga» observamos las fases trágicas de las desventuras de un modesto pensionista que se enfrenta a una fuga de agua incontrolable en el local que quiere alquilar a toda costa, complementando así su magra pensión. «La Verdad, su enemigo y el padre Paul» considera que no en todos los conventos se puede llevar siempre una vida de simple y llana paz y plegaria, sobre todo si llegados a un punto entran en juego relaciones laborales y sindicales. «La razón de los signos» pretende demostrar la gran importancia de algunas pequeñas coincidencias, de aquellas aparentes casualidades que pueden modificar radicalmente una vida; otro tanto sucede en el relato que le sigue, «Perro fantasma». Por último, el breve «La herencia de Mª de la» nos presenta una mezcla entre vivir la realidad y soñar despierto; puede que combinados por enajenaciones mentales, puede que en vista de un objetivo que supera los límites del mundo material.

Guido Pagliarino

[Guido Pagliarino](#)

[LA VERDAD \\_ Y LA VEROSIMILITUD](#)

[Cuentos de l a segunda mitad del siglo xx](#)

[POLV O P A R A \\_ C O N \\_ S T R U I R \\_ M O N T A \\_ # A S](#)

## PR Ñ# LOGO

El caballero llegã³ surcando los cielos con los pies juntos a cuatro metros del suelo, volando, erguido. Atravesã³ la gran plaza que precedãa la vivienda del primer piso del matrimonio Seta. Los brazos apenas se separaban de su cuerpo, y con el simple movimiento de las manos fijaba la direcciã³n.

Era una noche despejada, tan despejada que la luna llena se parecãa al sol cuando el astro estã; cubierto de nubes ligeras y el cielo es de un gris perla; y era la luna porque las farolas estaban encendidas y habãa estrellas.

Ni un alma en la plaza, unos pocos coches aparcados, nada de trã;fico.

Silencio.

Bruno Seta estaba ante la ventana abierta del salã³n.

Al ver a su tão abuelo, que ya reconociera en la lejanãa, se alarmã³; y es que le habãan dado sepultura unas pocas horas antes. Sã³lo ansiedad, nada de terror. Retrocediã³ unos pasos y se detuvo. Sintiã³ el impulso de acercarse y cerrar la ventana, pero mientras sopesaba sus opciones el otro llegã³ al salã³n. Â¿Querãa entrar? No, se detuvo sin traspasar la ventana, con los ojos grises fijos en ã©l, afligidos. Iba vestido con la misma ropa con la que le habãan inhumado.

Bruno, no sin esfuerzo, se acercã³: comprendiã³ que el caballero querãa hablar con ã©l. Cara a cara, a una distancia de una cuarentena de centãmetros. El uno suspendido en el aire, el otro con las piernas algo temblorosas y los pies clavados al suelo.

Se miraron durante unos segundos; entonces el ectoplasma dijo:

Somos polvo que pretende construir montañas por sí solo. Ahora sé que Dios lo nos erige montañas si nos confiamos a Él. Lo siento.

Nada, nada, ya ves tío su sobrino cómicamente, como si el otro se hubiera disculpado por un pecado venial, por una carencia involuntaria, pero en voz alta por la inquietud.

Entonces su tío, sin añadir nada más, dio media vuelta hasta quedar de espaldas y se fue, volando. Recorrió la misma línea que había hilado de ida mientras Bruno observaba cómo se alejaba, convencido de que llegaría a un punto en el que el fantasma se desvanecería en el aire; pero antes de que eso ocurriera despertó.

Valeria se encontraba a su lado, desvelada, observando al recién despierto marido:

He soñado una cosa muy rara ¿le susurro, y seguidamente se lo describo.

Era un sueño idiótico al suyo, solo que en la ventana estaba ella y el espíritu le preguntó si podía pedirle perdón a Bruno de su parte. Le comunicó el encargo al instante, temiendo olvidarlo.

¿Telepatía? se preguntó el marido en voz alta.

Una señal del cielo decretó su mujer, el difunto requiere plegarias y tu perdón.

¿Le hubiera gustado tanto que Valeria estuviera en lo cierto! Una señal verdadera del más allá en vez de la emersión de un sentimiento de culpa por una sempiterna aversión hacia ese hombre. Un sentimiento rechazado inútilmente por la razón, y sin embargo suficientemente fuerte como para perturbar la mente de ella durante el sueño. Pero, ¿cómo podías creer en una señal cuando habías perdido la fe cuando no era más que un niño, rodeado de lecturas ateas y profesores infieles?! Y no obstante sentías la necesidad de Dios, que habías intentado encontrar en los últimos años, en vano.

Ah, ¿lo que darías por un destino que me deparara algo más! Aunque fuera una señal mínima, pero fuera cierta. En eso pensaba en el duermevela mientras recuperaba el sueño. Si me llegara una verdadera señal y no un simple sueño!

## ANTECEDENTES

El odio hacia el tío abuelo nació en Bruno más de veinte años atrás.

Era 1963. Estudiante. Acababa de empezar el segundo año de Economía y Comercio, que era como se llamaba entonces el título en economía de Torino y esperaba incorporarse en la profesión con papá.

La víspera de una noche, su padre, corredor de bolsa, recibió de forma inesperada la llamada del caballero. Este le pidió cita en su estudio «para hablar de asuntos importantes concernientes al espléndido futuro que le aguarda a mi

sobrino, o sea, a tu hijo».

Aquella llamada le pareció a la vez graciosa y desconcertante; por la artificiosa y burocrática expresión que había usado el familiar y porque la parecía ridícula la idea de que «de ese artesano», y no del estudio profesional, le deparara a su hijo «un futuro espléndido».

Cuando murió su mujer el doctor Seta se prometió no rendirse y dedicarse por completo a un Bruno que apenas tenía tres años; pero como no alcanzaba para ayudarlo en los estudios se vio obligado a ingresarlo en un internado hasta que terminara la educación primaria. A pesar de que era un liberal agnóstico escogió «un serio centro de religiosos» por la fama que le precedía y donde sabía que seguirían los pasos de su hijo de cerca:

«Pero sólo hasta que acabe los estudios obligatorios!

Durante la adolescencia le libró a su venerada educación laica; y fue durante el bachillerato, por causa de los profesores ateos, que Bruno perdió la fe en Dios.

Al haberle dedicado a su hijo su propia vida y haberlo hecho lo mejor que pudo papá Seta se tomó a la ligera, aunque en el fondo estuviera disgustado, que de repente otros le plantearan una previsión de futuro a Bruno.

Aquel pariente de tres al cuarto que en su madurez se casara con la tía de la difunta madre de Bruno abrió por último a finales de los cuarenta un negocio artesanal de juguetes con un par de dependientes. Como las familias no se visitaban

a menudo nunca supieron que con la expansión económica de los años 50 y principios de los 60 el caballero amplió el negocio hasta convertirse en fabricante de juguetes y materiales plásticos con casi doscientos operarios y un volumen de ventas considerable.

Pasaron los años, pero el matrimonio no tuvo hijos. Por ese motivo el empresario decidió llamar al papá de Bruno.

Nada más pisar el estudio del doctor Seta el caballero le espetó:

No tengo herederos, ni siquiera parientes lejanos. No quiero morir y que el estado se quede la fábrica, por qué tienen que meter sus sucias manos, trae mala suerte; aunque mi mujer me sobreviviera no podría encargarse del negocio. Para ella yo ya he hecho lo que tenía que hacer: he obtenido mis frutos y los he igualado a un tercio de los ingresos de la empresa.

Llegados a este punto se detuvo durante unos instantes, esperando algún signo de admiración por parte de Seta.

En fin, que cuando yo muera... dijo, mientras metía una mano en el bolsillo para tocar un clavo que llevaba siempre encima.

Más adelante Bruno descubrió que era un hombre muy supersticioso y que creía que aquel clavo era un amuleto que le había dado suerte toda la vida. Luego prosiguió:

...quiero que mi nombre y mi empresa pervivan en la

memoria por los siglos de los siglos.

El doctor Seta tuvo que contenerse para no reñirse en su cara: «puestos a pedir incluso más que el Imperio romano» pensó. Más tarde se lo repetiría a su hijo, pero en situación conseguí mantener una postura seria.

Mientras tanto, el otro seguía:

Ahora la empresa se encuentra en una posición formidable. Da montones de beneficios, al contrario que tu chapucilla.

Dijo exactamente eso, chapucilla; sin embargo, el carácter del padre de Bruno le mantuvo impasible, aunque pensara que era «el típico paleta». Le dio la mano a modo de despedida y respondió:

Lo hablaré con el chico, al fin y al cabo es su decisión. Te diré algo lo antes posible.

Al otro se le quedó una expresión mitad sonrisa mitad mueca, como diciendo: «¿Ahora los críos deciden? ¡Con una oferta como esta!» y se fue; antes, sin embargo, se detuvo en la puerta del estudio, se giró, miró a su alrededor para asegurarse de contar con la atención de las secretarias y dijo:

Y recuerda: tanto Bruno como sus herederos tendrán que comprometerse por escrito a mantener el nombre de la fábrica con mi nombre: Industrias Caballero Olindo Pitt.

El hombre, notorio ateo, había albergado esperanzas de

sobrevivir bajo el nombre de su empresa.

¿QuÃ© opinarÃ¡ Foscolo? âbromeÃ³ el doctor Seta con su hijo al contraerse, citando al poeta de Los sepulcros que tanto amabaâ; tÃ©, mientras tanto, piÃ©nsatelo, no deja de ser una propuesta interesante. Y ten presente que puedes graduarte igualmente, trabajando y estudiando luego, por la noche; tienes cabeza y determinaciÃ³n para ello.

El papÃ¡ pidiÃ³ informaciÃ³n de primera calidad sobre la empresa PittÃ². Al cabo de unos dÃ­as aceptaron verbalmente la oferta. No se pactÃ³ el testamento, siempre revocable. Bruno adquirirÃ¡ sus derechos. En cuestiÃ³n de dos aÃ±os la empresa individual se transformarÃ¡ en una sociedad por acciones. AsÃ­, el joven trabajarÃ¡ gratuitamente y se quedarÃ¡ el diez por ciento de la propiedad, es decir, el dos por ciento por bienio hasta que alcanzara un tercio de las acciones; el resto llegarÃ¡ mediante legado testamentario cuando el caballero muriera. Para evitarle al hijo un compromiso irrevocable, y teniendo en cuenta que la mayorÃ­a de edad âen la Italia de aquellos tiemposâ se alcanzaba a los veintiuno, el padre prefiriÃ³ por el momento acordarlo de palabra, sin actos escritos.

El carÃ¡cter del empresario saliÃ³ a la luz casi al instante. A pesar de que se expresaba con propiedad gracias a las abundantes lecturas y por supuesto a la rigurosa escuela primaria de antaÃ±o, era mÃ¡s tosco de cuanto las descripciones de papÃ¡ Seta hubieran traslucido, prepotente con los subordinados

y muy humilde con los poderosos, entre los que se incluían los empresarios más ricos que él. Para el hijo Seta, forjado en la libertad y el respeto al prójimo, la armonía fue difícil.

Bruno entró en la fábrica ese mismo año, en 1963, acompañado de Pitt. El primero se sintió algo intimidado, el otro, el empresario, se mostró arrogante pero abierto, aunque solo esa vez. Se paseó con el aire de un soberano que presenta altamente complacido su reino al príncipe heredero.

Le condujo y le recondujo por todos los rincones del edificio. Seguidamente el tío abuelo le presentó a los dos dirigentes del taller.

    Mi sobrino, el heredero.

El técnico, el señor Tirlotti, era un doble titulado perito químico e industrial con conocimientos de ingeniería valorado con un salario más bajo. El administrativo, el doctor Fringuella, era un cincuenta y tres años soltero alto de incipientes entradas, un poco jorobado y extremadamente delgado, de piel amarillenta y nariz enorme. Tenía aspecto de borracho, y seguramente lo estuviera al término de la estancia de Bruno en la fábrica, tal y como evidenciaba el agravamiento de su enfermedad del hígado. En cuestión de ocho meses, Fringuella, escapando de la adustez de trabajos anteriores y contentado con su escaso salario, asumió gracias al jefe el puesto de un tal Dialzi. Su predecesor fue despedido inmediatamente «por haber robado»; curiosamente, jamás fue denunciado a las autoridades judiciales a pesar de que el dinero robado sumara

cien millones de liras de la época<sup>1</sup>. Además, cosa a un  
más extraña, el hombre siguió y continuó presentándose  
casi mensualmente a la fábrica para intentar hablar con el  
caballero. Se decía, según las orejas espaldas de Fringuella  
detrás de la puerta, que el empresario le ofreció al otro una  
suma de dinero. La certeza fue plena cuando, en una ocasión,  
aposta y sin fingir en absoluto, el director administrativo entró  
en la sala, se disculpó por la intrusión y sorprendió a Pitt con  
pagándole a Dialzi. En cuanto el otro se fue el jefe, rojo como  
un tomate, se acercó al doctor y empezó a excusarse entre  
balbuceos. Pero, ¿quién le habrá creído? «Bueno, es  
que da pena, ¿no?».

¿Chantaje?

Mientras tanto, según los chismorreos sobre todo  
de Fringuella el joven reunió rápidamente la escasa  
información disponible sobre Dialzi; quedó huérfano de  
ambos padres a los dieciséis y fue acogido por el caballero  
en su neonata empresa artesana a modo de manitas con una  
paga casi inexistente, con manutención y alojamiento en el  
laboratorio. Trabajaba independientemente del horario y las  
ganancias y halagaba al caballero, hombre sensible a las lisonjas.  
Fue ascendiendo a medida que la empresa crecía, gracias  
también a su inteligencia, ya que estudiando de noches  
consiguió sacarse el título de contable. Así pues, se convirtió  
en director administrativo de la Pitt con el sueldo de un simple  
empleado. Una de las cosas que, contrarias a la justicia, el

caballero más apreciaba era que un trabajador costara menos que la función que desempeñaba y encima no se quejase. No entendía que aquello pudiera implicar menor competencia o dificultad para encontrar trabajo a una edad ya no tan verde, como Fringuella, arriesgándose a un menor apego por el trabajo o hasta rencor por la explotación. Por último, la táctica podía incluso convertirse en una instigación involuntaria al robo. Bruno pensó que a lo mejor le había pasado precisamente eso a Dialzi a modo de asimilación ilícita y excesiva de un salario inadecuado. Solo el director técnico estaba satisfecho con su paga inferior a la de un ingeniero pero superior al sueldo de un perito, con su doble titulación sin ningún grado; el caballero estaba muy satisfecho con él porque era un apasionado de su profesión, encontraba soluciones y proponía innovaciones siempre en el momento justo. Había creado, entre otros, un polvo que si se mezclaba con agua formaba una sustancia consistente y moldeable muy útil para los apasionados de los trencitos y los maquetistas para los plásticos; la verdad es que se secaba enseguida y quedaba durísima, capaz de soportar un peso considerable incluso en capas finas. Solo por eso el caballero empezó a fabricarla y a venderla en masa, aunque el producto, que nunca patentó, tuviera funciones más útiles y vastas. Pitt la bautizó con la típica expresión: Polvo para construir montañas. Se destinaba en gran parte al por mayor y a las tiendas de modelismo y juguetes, en Italia y en el extranjero. Sacó grandes

beneficios gracias al bajo coste de producción y a la ausencia de compensación extra alguna para el perito Tirlotti, ya que «lo había creado en horas de trabajo y con el material de la fábrica».

Bruno, que no recibía paga alguna, tenía que situarse por fuerza entre los colaboradores más apreciados del propietario, y la verdad es que así fue al principio. De hecho, gozaba de un singular privilegio: el primer día Pitt, tras la visita a las instalaciones, le recibió en su oficina, sentado en la silla de director tras el escritorio presidencial; Bruno frente a él, de pie en posición firme. Pitt le dedicó un discurso improvisado de bienvenida y le autorizó en exclusiva a no llamarle caballero, sino simplemente tío. Así lo hubiera hecho el joven de por sí aunque no le hubiera concedido el beneplácito. Sin embargo le dio las gracias. El otro quedó complacido, como si le hubiera entregado a saber qué, pero añadió:

Obviamente cuando hables de mí con los demás no digas «mi tío», sino «el caballero».

Le dejó al cuidado del doctor Fringuella y le nombró segunda autoridad de la oficina de administración, con un escritorio algo más pequeño que el del director y una tarjeta grabada que rezaba «Bruno Seta - Subdirector administrativo». Ciertamente aquello le proporcionó al joven aprendiz una gran satisfacción. Desgraciadamente dos años después el caballero, eternamente avaro del ahorro,

se sinceró<sup>3</sup> con el ya experto Bruno cuando el otro, que ya sospechaba algo, escuchaba tras la puerta:

Nos quedaremos contigo y echaremos al buitre traidor de Fringuella.

De nada sirvió<sup>3</sup> que el joven le perjurara al doctor que su intención<sup>3</sup> no había sido jamás la de robarle el puesto. Desde entonces y no por su culpa se ganó<sup>3</sup> a un enemigo.

Aparte de las tareas importantes, casi cada día se sucedían otras muchas menos dignas pero que el titular valoraba enormemente. Para ahorrarse la manutención<sup>3</sup> de dos furgones con conductor, de los que hacía uso ocasionalmente para pequeños pedidos, él mismo se compró<sup>3</sup> un monovolumen grande que le servía de presentación<sup>3</sup> en los pedidos de la zona, de las que se encargaba él mismo hasta que llegó<sup>3</sup> el sobrino. Cabe mencionar que en la última época se arriesgó<sup>3</sup> a varios accidentes debido a la reciente pérdida visual de un ojo, fruto de una catarata mal operada. Así pues, Bruno se encargó<sup>3</sup> de sustituirle como repartidor complementario en un Mercedes Benz. El caballero, además, le delegó<sup>3</sup> la responsabilidad de su propio conductor. El otro empleado vestía una gorra de chiffer incluso en horas de reparto y trabajaba en horas que debería haber tenido libres y que no recibían paga extra. Al fin se quejó<sup>3</sup> a Fringuella, quien le apoyó<sup>3</sup> ante el jefe. Entonces Pitt<sup>2</sup> encontró<sup>3</sup> una solución<sup>3</sup>, simple e inmediata: nombrar gratuitamente al sobrino para el puesto:

Pruñbate la gorra de ese holgazñn ãññle ordenñ³ con indiferencia, entregñndosela.

El joven, mñs asombrado que fastidiado, respondiñ³ evasivamente con una pregunta retñ³rica:

ñPero quñ imagen darñas si pusieras a tu subdirector heredero de conductor? Pensarñ que eres pobre.

Esa palabra mñgica desvaneciñ³ la gorra y desde entonces ambos se presentarñan pñblicamente con el coche empresarial como familiares que eran, para bien o para mal. Bruno conducirñ sin gorra y su tño medio ciego se sentarñ a su lado en vez de atrñs.

Gracias a aquella extraordinaria tarea el joven conociñ³ en fiestas y reuniones de negocios a decenas de empresarios del momento, protagonistas de lo que mñs tarde se llamarñ el ã«milagro econñmico italianoñ». Gran parte de aquellas empresas cerraron pronto debido a la recesiñ³n econñmica de mediados de los años 60. Solo algunos de ellos ãññsobre todo gracias a sus hijos y nietos que, a diferencia de los primeros, fueron instruidos en escuelas econñmicasññ vieron prosperar sus empresas; y cuando los fundadores desaparecieron alcanzaron, dñcadas mñs tarde, dimensiones mundiales.

La verdad es que pocos de los empresarios que conociñ³ Bruno le cayeron bien. En muchos de ellos se acentuaba seriamente una gran altivez y una escasa formaciñ³n, la mala

educaci3n con los subordinados y la brutalidad contra todos los que, compartiendo las mismas miserias en sus or3genes, no supieron alcanzar la riqueza. A menudo sus esposas eran peores que los maridos, sin contar con el inteligente m3rito de haber creado puestos de trabajo. Ante las personas cultas los empresarios manifestaba respeto y cortes3a; a sus espaldas, habl3ndolo entre ellos o en familia, exteriorizaban desprecio. Hab3a mucha envidia hacia los intelectuales, esencialmente por sus t3tulos acad3micos: casi todos los empresarios se apresuraban a exhibir el t3tulo de caballero o comandante de la Rep3blica como si solo contara el t3tulo y no la cultura. Adem3s ansiaban la adulaci3n.

Pitt2 no era diferente. Bruno, de naturaleza enemigo de las zalamer3as, nunca habr3a elogiado al t3o abuelo si no fuera porque al final se hubiera convertido en su enemigo. En el fondo sab3a, por como trasluc3an algunas frases, que el caballero se lamentaba de que su sobrino estuviera en la universidad y que un d3a se licenciara. Los ex3menes sacaron a la luz las primeras disputas entre ellos. El empresario se enfadaba cada vez que Bruno se ausentaba con motivo de un seminario o un examen. En una ocasi3n el joven tuvo que cargar con dos ex3menes muy pr3ximos el uno del otro; hab3a pasado casi un bienio desde que entrara en la f3brica y pidi3 un permiso de dos o tres d3as para repasar. Pitt2 le chill3:

3Aqu3 se trabaja, no te haces el universitario tocacojones! 3Eres tonto o qu3? 3Eres un empresario

y pierdes el tiempo con esas estupideces burocráticas?

Al pensar que trabajaba gratis, sin horarios fijos y al cargo de tareas que no deberían ser tuyas y en plena tensión por el pesado estudio nocturno, no pudo contenerse y le chilló de vuelta a pleno pulmón:

¡Tú eres el empresario, no yo, y empiezo a estar harto de los de tu calaña!

¡Piojoso! ¡Piojoso! ##respondió el jefe secamente ante todos, alejándose a la par que picaba de manos cada vez más fuerte en señal de desprecio.

Fue en esa ocasión que Fringuella le soltó al joven una frase ambigua:

Tenía usted razón, señor Seta, pero se ha pasado de rosca con el grito; además, al fin y al cabo es al caballero a quien su familia debe su posición.

Por un instante Bruno creyó que se refería a la promesa de asociación con la empresa. No se imaginaba lo que aquella frase escondía. Solo al cabo del tiempo comprendió las mentiras que iban circulando.

Entretanto la recesión económica hincó fuerte en Italia. El joven lo consultó con su padre:

Me da que la empresa está perdiendo impulso; tiene muchos, demasiados créditos que cobrar de clientes morosos. Cabe la posibilidad de una crisis de liquidez, y con los costes fijos que la empresa tiene que cubrir, como

la nueva maquinaria que aún hay que pagar, el riesgo es notorio.

Papá; Seta respondió calmadamente:

Mientras dure no vas a firmar ningún contrato con tu tío, aunque dudo que lo proponga. Y te aconsejo que en los próximos meses estés atento a cómo evolucionan las cosas; tan poco tiempo no dice nada. Puede que sea una crisis pasajera. Tirar dos años por la borda sin estar seguro será una mala elección.

Bruno no le dijo que en realidad no le gustaba el ambiente y que hubiera preferido ejercer la profesión libre paterna y renunciar a la perspectiva de enriquecer. Además, aunque a diferencia de muchos gozaba de alguna que otra comodidad no le preocupaba acaparar tesoros y mucho menos hubiera disfrutado haciendo pompa de ellos.

Se sintió inexperto. Decidió contenerse y no arriesgarse a dar un paso en falso, y eso le hizo sentirse bien. Ya era bastante arduo manejar una empresa sin comprometerse y Bruno priorizó, como siempre, el conocimiento. Además, si se iba se alejaría a tiempo de ciertas bocas y ojos malos que, aunque actuaran de buena fe, alimentarían en breves una historia contra los Seta. A lo mejor así evitaría un gran disgusto que acechaba tanto a la empresa como a él.

El Polvo para construir montañas, sumado a la superstición del caballero, le habrá propiciado a la empresa Pitt el impulso decisivo para su caída.

Con el inicio del tercer año en la fábrica, el empeoramiento de la crisis económica indujo al tío a una búsqueda de nuevos encargos que sustituyeran a los de los clientes poco fiables o deudores. De repente, se acordó de una persona que conoció un tiempo atrás, el director de un estudio cinematográfico en Roma, de propiedad pública. Ambos años Pitt se sentó a la misma mesa que él y su mujer, de crucero con la mujer a bordo del Andrea Doria durante el viaje inaugural de la preciosa y desafortunada motonave. Entre ellos se forjó una cordial compañía con apariencia de amistad y prometieron volverse a ver. Ambos más tarde los dos hombres coincidieron por casualidad surcando las aguas en Montecatini. Se reconocieron y el director le confió al caballero que estaba buscando infructuosamente nuevos materiales, fuertes, ligeros y asequibles para la elaboración de paisajes artificiales y edificios falsos para las películas de ambientación clásica o mitológica que por entonces estaban de moda; tenía que ser una sustancia que confiriera, adicionalmente, un realismo superior al papel maché.

¡Mi polvo! [comentó](#) para sus adentros el caballero, pero no se lo dijo; de hecho, por aquel entonces la empresa estaba hasta el cuello de pedidos atrasados que surtir a sus clientes.

Ahora, en cambio, un contrato público en Roma le habría venido de perlas.

El problema era localizar a la persona. El tío había perdido

su dirección y no sabía exactamente de qué estudio estaba a cargo, y encima tenía un nombre muy común.

El doctor Fringuella, conocido en la fábrica por su habilidad en encontrar a las personas de los ambientes más diversos en casos de emergencia, se encargó de la búsqueda. Cuatro horas más tarde le mandó al jefe, ante un Bruno maravillado, todos los datos necesarios.

Menudas facultades, ¿verdad? se deleitaba con el sobrino el caballero, risueño, cuando el otro se alejaba.

El joven, incapaz de retener la curiosidad, le preguntó más datos sobre el doctor y concluyó:

¿Cómo es posible que una persona tan espabilada haya aceptado un sueldo tan modesto?

¿Qué dices, modesto?! se sorprendió bromeando y riendo satisfecho. Nos las hemos arreglado muy bien, ¿no?

Le guiñó el ojo bueno. Luego, para demostrarle su destreza para encontrar mano de obra barata decidió contactarlo, no sin antes hacerle jurar que no le haría decir por qué lo llamó cuando contrató al hombre:

¡pero eres el heredero y tienes derecho a estar informado.

Bruno se enteró entonces de que Fringuella cometió un delito innegable contra la república: años ha fue un diestro, aplicado y muy temido funcionario captador de impuestos,

incorruptible desde el Área pecuniaria. Desgraciadamente para Á©l, sufrÁa de inevitable priapismo orgÁnico y aÁn peor, llegado a cierto punto le asignaron un encargo bastante tentador. CorrÁan los aÁos 50 cuando aÁn se toleraban las Á«casas cerradasÁ», es decir, burdeles, y el estado se aprovechaba estableciendo impuestos a los proxenetas y a todo aquel meretricio: la tarea asignada a Fringuella se basaba en la inspecci3n fiscal de prostÁbulos. Incapaz de satisfacer sus casi irresistibles necesidades mediante su modesto sueldo, pensando â##como luego se difundiera descortÁsmenteâ## en Á«no cometer un gran mal absteniÁndose del dineroÁ», incumplí3 su propia honradez y acordó3 con el dueÁo de los burdeles lo siguiente: Á«aligerarÁaÁ» sus situaciones fiscales personales si consentÁan, de forma gratuita y con permiso exclusivo, el uso fuera de horario de los Á«serviciosÁ» de los locales. Desgraciadamente para Á©l, cuando esas casas fueron finalmente prohibidas por la ley Merlin, una carta anÁnima le denunció3, y algunos de los dueÁos, interrogados en comisaría, le delataron. El doctor, despedido de los cargos pÁblicos, fue condenado a cuatro indiscutibles aÁos de prisi3n. Cuando salió3 de presidio contaba ya cincuenta aÁos y no encontró3 otra cosa que el empleo mal pagado de la fábrica Pitt2.

SalÁa en los periódicos, Á¿no los leÁas?  
â##concluyó3 el tÁo.

Bruno se acordaba del caso, pero nunca lo hubiera atribuido

a Fringuella. El caballero, en cambio, lo tenía grabado en la memoria, ya que en un pasado lejano el doctor, encargado de las denuncias de los ingresos de los artesanos, fue un poderoso adversario en los enfrentamientos ante los servicios fiscales.

Así pues, fue la pasada profesión la que le brindó al director administrativo vastos conocimientos y gracias a sus antiguos colegas localizó enseguida al director de Roma.

Tras conversaciones telefónicas, correspondencia epistolar y el envío de muestras consiguieron despertar el interés de la contraparte gracias a un amigo de Pitti y su agente comercial de la zona Lacio-Umbra. En un período extraordinariamente breve establecieron el acuerdo y la firma del contrato del empresario. Bruno hizo de secretario y se fue a Roma para cerrar el trato.

Como siempre, cuando nadie se enteraba, el parsimonioso empresario reducía gastos: trayecto nocturno en ferrocarril, vagón dormitorio de segunda clase. Pero cuando el sobrino llegó, el tío lo tomó del brazo y le arrastró sin que él comprendiera la razón al vagón adyacente, un coche cama del que, con un guiño del ojo, le hizo bajar. Bruno lo comprendió todo cuando vio al amigo de Roma, esperandoles.

Este se encargó de acompañarles a la oficina de la contraparte y les esperó pacientemente a que se firmara el contrato; luego les llevó al aeropuerto. El caballero tenía programado volver en avión aunque el coste fuera superior, fuera porque no estaba seguro de soportar la fatiga de otro viaje

en tren, fuera porque esa misma noche recibirÃa en casa a un cliente mayorista importante.

El vuelo marchÃ³ tranquilo en sÃ-, pero para el empresario fue extremadamente sufrido y lo viviÃ³ apretando en un puÃ±o el clavo de la suerte.

¿Aerofobia? Normalmente no, pero asÃ fue en esa ocasiÃn: sucediÃ que el amigo, al llevar a Bruno al aeropuerto dejÃ caer, remarcando despreocupadamente que no creÃa en esas cosas, que el director cinematogrÃfico tenÃa fama de ser muy gafe. Le atribuÃan a Ã©l los males por el simple hecho de haber asistido al viaje inaugural del modernÃsimo Andrea Doria, que se hundiÃ³ en el ocÃ©ano aÃ±os despuÃ©s del primer trayecto. PittÃ² temblÃ³ al pensar en el peligro al que inconscientemente se expuso durante la navegaciÃn; se quedÃ³ tieso segundos despuÃ©s al pensar en el arriesgadÃsimo y gafado vuelo que estaba a punto de tomar. BajÃ³ del coche del amigo y tras la despedida se planteÃ³ seriamente coger un taxi y volver a la estaciÃn ferroviaria, aunque ya hubiera pagado el vuelo.

Bruno, que no tenÃa ni ganas de volver a pasar por largas horas en tren y menos durante mÃs de un dÃa le insinuÃ³, tan serio como pudo:

He leÃdo las estadÃsticas y se ve que hay muchos accidentes de tren; piensa que hay muchos mÃs que aviones, por no hablar de los accidentes de trÃfico si viajÃramos en autobÃs.

El caballero tocó inmediatamente el clavo. Recorrer a pie aquel centenar de kilómetros era imposible. Tras una larga reflexión se decantó por el vuelo.

Nada más llegar dijo:

—Estamos en tierra firme, verdad? —y, cuando el sobrino asintió, concluyó: —Has visto que no eran más que absurdidades? —como si el supersticioso de los dos hubiera sido el joven.

Hay personas como el caballero —concluyó a los más tarde Bruno cuando recordó aquel capítulo— que se consideran ateas porque, tal y como sostienen, son realistas, positivas o incluso científicas; las mismas que luego leen el horoscopo cada mañana, nunca pasan bajo una escalera, rehúyen los gatos negros y las flores blancas y llevan al menos un amuleto de la suerte en el bolsillo. Con frecuencia son estos los seres humanos que se meten en problemas por culpa de sus supersticiones.

Pitt volvió a la fábrica con el rostro nuevamente ensombrecido, cogió el contrato con dos dedos y lo metió en la caja fuerte.

Y bien, ¿empezamos la producción? —le preguntó el perito Tirlotti.

Un momento, mañana lo hablamos —fue la vacilante respuesta del jefe. Tras bajar sano y salvo del avión y dejar de temer por su vida, el empresario fue presa de un nuevo temor: que el suministro del gafe de Roma

trajera la desgracia al negocio.

Pasaron los días y la orden de producción siguió sin llegar.

Caballero, ¿empezamos? Roma nos espera  
insista a un asombrado director técnico.

Hmm... no hay prisa.

Caballero intervenga entonces el director administrativo, disculpe pero deberíamos empezar. Habrá plazo de entrega, ¿no? Además, necesitamos el dinero.

¡Uff! el jefe estiraba la boca cuando se quejaba y se ponía a picar las palmas de manos una contra otra a su manera, una y otra vez, y se alejaba consumido por la indignación.

Solo Bruno intuyó el motivo de la incertidumbre, y comprendiendo el daño que auguraba a la empresa decidió compartirlo con Fringuella.

La relación entre ellos dos se había viciado con el tiempo. El doctor había perdido gran parte del respeto inicial por él y le llamaba intencionadamente Bruno en vez de señor Seta. ¿El motivo? Claramente la infeliz frase de Pitt sobre el nombramiento del heredero para su puesto, y probablemente las dificultades económicas añadidas de la empresa. El joven tomó represalias y devolvió la antipatía; además, le perdió el respeto cuando se enteró de su pasado. Sin embargo, el doctor era la única persona en quien confiar para salvar la situación. A pesar del precedente penal era el único que intimidaba al jefe,

puede que fruto de la censuradora carga fiscal que en el pasado usara en su contra; cabe añadir que era sobre todo por ello que el caballero, inconscientemente, quería librarse de él cuanto antes.

Bruno, ¿por qué no me lo has dicho antes? ¿le regalará en primer lugar.

Era una simple sospecha; y hasta me parecía absurda! Pero es la única explicación lógica y le contó el viaje en avión.

No cabe duda del sentenciar el director, negando con la cabeza; pero cuesta creerlo! Ni siquiera sabemos qué pone el bendito contrato! Lo dispuso la contraparte en Roma; ni tan solo he tenido el honor de leer el borrador, y pretende que no lo penalicen por retardos en los envíos? Es una empresa pública, a saber qué le aguarda!

Tomó asiento, desconsolado. Luego recobró el orgullo:

¿Se da cuenta de que su tío es un inconsciente? Dégaselo, y si no lo hace usted lo haré yo. Es más, voy para allí!

Se levantó de un salto y se pateó el edificio entero, enfadado, para hablar con el jefe.

Afortunadamente para Pitt, no estaba.

Esperaron un día, dos, el caballero no apareció. Fringuella le llamó a casa, donde contestó la sirvienta con un «los señores se han tomado unas vacaciones».

¿Vacaciones! ¿Con todo esto patas arriba?!

Yo no sé nada del tema —respondió— la desconcertada criada a la par que el doctor, sin siquiera despedirse, colgaba el auricular.

Perfecto, ahora sé que vamos apañados. ¡Menuda perla de familiares le han tocado! —se desfogó con Bruno como si este fuera el culpable.

Al final, de acuerdo con Tirlotti y con el heredero como testigo, se tomó la amotinada decisión de llamar a un cerrajero para que forzara la caja fuerte; mientras, sin más dilación, se procederá a la producción para Roma.

El joven Seta pasó a visitar frecuentemente las casas de los deudores de la empresa y solicitar los pagos. Rara ocasión fue la que cobrara las facturas, y demasiadas las que se llevó groserías o acudió ante notario para pagar las letras del caballero que llegaban a término; la crisis o incluso la bancarrota de muchos clientes por una coyuntura negativa gravísima redujo a nada y menos el dinero de la industria Pitt.

Por ese motivo, cuando el ladrón de Dialzi volvió mendigando una vez más —la última vez dos días antes de las despreocupadas vacaciones del caballero— fue despachado sin un solo centimo. Antes de irse, sin embargo, le dijo a su antiguo jefe:

¡Acuérdate de lo que solo tú y yo sabemos!  
—oyeron el doctor y Bruno.

¡Se tutean?! —dijo asombrado el joven.

Forzaron la caja fuerte, vaciaron de dinero, y recuperaron el

contrato. Fringuella y Tirlotti se lo leyeron en la oficina mientras el cerrajero restauraba los mecanismos de la puerta. El heredero hacía guardia. Mientras esperaba, su mirada se vio atraída por un paquete de cartas dirigidas a su tío. Más tarde supo que todas eran de Dialzi. No pudo vencer a la curiosidad; tras dudar durante un minuto largo, las cogió y se alejó un poco para sentarse y leer alguna.

Empezaba así: «Estimado padre...»

El remitente advertía la próxima visita e invitaba al caballero a dejar el dinero listo.

Cuando Bruno vio que el artesano estaba a punto de terminar, se guardó las cartas para leerlas con total comodidad cuando acabara de trabajar, rezando para que las vacaciones de su tío duraran un poco más. Le entregaron una de las dos nuevas llaves. La otra se la quedó Fringuella. Al día siguiente volvería a dejar las cartas en la caja blindada.

Aquella noche en casa, antes de cenar y sin decirle nada a papá; por miedo a que le riñera, se puso a leer. Todas las cartas empezaban con un «Estimado padre» y advertían una futura visita en la fábrica. Cada carta incluía reflexiones diferentes: recuerdos, la admisión de vivir con la invencible pasión por el juego, lamentaciones de miseria y súplicas de perdón; en una acusaba en subrayado a Pittor por su ingratitud, aduciendo que gran parte de su cómoda posición se debía a él, el empleado para todo mal pagado.

Quedó claro que Dialzi era hijo natural del empresario, fruto

de una mujer que no aparecía nombrada, anterior al matrimonio con la tía, que murió tras el parto. El padre lo mandó inmediatamente a un orfanato, vigilándole siempre de cerca. Cuando alcanzó la edad se lo llevó a la fábrica. Sin embargo nunca quiso reconocerle por temor a la opinión de la gente: en aquellos tiempos cosas así podían incluso cerrarte las puertas de la burguesía, dado que se consideraba vergonzoso; no se razonaba que, en todo caso, vergüenza era abandonar a un hijo como si fuera huérfano.

¿El caballero le pagaba a Dialzi por miedo a que desvelara su secreto? No, fue por afecto, tal y como reconocía el hijo en aquellas cartas. En todo caso fue él quien no sintió aprecio por su padre; sus textos insinuaban desprecio y rabia. En el pasado Pitt le prometió la herencia a su hijo, como aparecía claramente escrito. Más tarde, disgustado por los hurtos, le desterró de todo legado, con la desdicha de no volver a verle. Ni siquiera pudo contener el impulso de darle dinero, al menos mientras pudo. Oficialmente inventó la excusa de un préstamo que el otro le devolvería en cuanto encontrara trabajo.

Dialzi murió tres meses después de la descerrajadura de la caja fuerte al tirarse por un barranco con el cochazo que adquirió mediante pagarés tras perder todo el dinero en un casino.

Bruno depositó las cartas en la caja fuerte antes de que Fringuella, que se fue a fotocopiar el contrato, volviera a dejarlo

en su sitio: por entonces las fotocopiadoras eran aún un sueño o por cumplir.

Bruno no le dijo nunca nada a su tío; solo se lo dijo al padre cuando apareció publicada en los periódicos la muerte Dialzi.

El caballero volvió al trabajo una semana después del incidente de la caja. Al descubrir el panorama se alegró de que los demás hubieran decidido por sí, porque sino el gafe, como dijera al sobrino en broma, se hubiera cernido sobre ellos.

Aunque la producción llevaba ya días, seguía vigente el temor a no ser puntuales. En el pasado el tío se habría ido a Roma con el perito en vez del sobrino. Tirlotti manifestó a la contraparte que el tiempo fijado para el encargo estaba muy cerca y pedir un vencimiento más alejado. Si no hubiera sido posible, no firmarían el contrato. Pero habrían perdido tanto tiempo que era poco probable una expedición puntual.

Desgraciadamente el acuerdo, como temía el doctor Fringuella, preveía aunque fuera un simple contratamiento, la cancelación de la mercancía, ningún pago y el derecho a una cifra alta en concepto de daños y perjuicios; consiguieron mandar un pequeño anticipo de mercadería, que por contrato fue rechazado. De nada sirvieron los intentos del director administrativo de obtener un aplazamiento: el material era necesario para una película histórica colosal, una producción italoamericana de miles de millones de liras en gastos<sup>2</sup> con actores procedentes de medio mundo. No se podía atrasar la grabación ni un día. Usarían el papel maché de

siempre en lugar del Polvo para construir montañas, le dijeron al doctor por teléfono; en lo que al anticipo respectaba, tenían pleno derecho contractual de quedarse en concepto de indemnización por daños y perjuicios. Todo un contrato suicida para el caballero. Fue un completo desastre; y pensar que si hubiera tenido una sola semana de margen trabajando sin descanso lo hubieran conseguido. Culpa de Pitt<sup>2</sup>, no hay duda, por su maldita superstición.

¿Qué podían hacer? Nada de nada; inmediatamente después los otros les mandaron una carta muy seria del abogado que pedía sin dilación la penalización.

El caballero acusó de forma refleja al doctor Fringuella por haber iniciado la producción sin su consentimiento:

Debería reclamarle los daños a usted por la retención de la mercancía y por el material que no ha conseguido vender en las tiendas.

¿Es usted un imbécil! a modo de respuesta el enfurecido director administrativo, insultándole por primera y no última vez con el rostro a pocos centímetros del jefe, escupióle saliva y bilis.

Intimidado, dio media vuelta y desapareció suspirando un «piojoso, piojoso» y picando de manos como solía, aunque no demasiado orgánicamente. En cuanto se fue por el pasillo más cercano el ruido de sus pasos fue silenciado de repente por otro sonido inconfundible. Una ensordecedora y formidable flatulencia reprimida seguida de un potente y

miserable: «¡doctor de los cojones!».

Fringuella corrió hacia la voz pero no vio a nadie en el pasillo, tal era la habilidad del caballero para eclipsarse.

Entonces el director empezó, o reanudó, a beber sin moderación, no solo en las comidas como se adivinaba en el aliento que despedía; también en el desayuno. Poco a poco se convirtió en un estorbo para la empresa, por no decir una toxina. Se habituó a agredir verbalmente no solo a Pitt, sino también al heredero. Bruno se preguntó si aquel hombre, bajo el espíritu de alcoholico, veía reflejada en él la imagen del tío y le castigaba por haber entrado en la vida del despreciado jefe. Puede que sí, pero no era aquello lo que volvía a descortés al doctor. Un día se delató solo cuando le soltó fríamente al joven, mirándole a los ojos:

Ya van dos meses que los trabajadores no cobran, yo incluido. ¿Por qué su padre no sufraga nuestra empresa? ¿No cree que sería lo justo?

¿Pero qué dice?! ¡se alarmó Bruno.

Digo, querido, que vuestra posición se debe a Pitt y ahora debería devolverle el favor.

Nuestra pos...

Sí, ¿hablo en chino? Vuestra posición. Todo el mundo sabe que su tío subvencionó a fondo perdido la oficina del doctor Seta. Bruno permaneció con la boca abierta y que él os regaló la casa donde ahora vivís por el afecto que le profesaba a su madre, a quien quiso como a la hija que su mujer nunca le pudo dar.

La hija, la mujer, la madre... ¿se refiere a mi madre?  
SÃ-, ¿por?, ¿es que no ha tenido madre? ¿se  
mofÃ³ con una risa burlona.

¿Pero si mi madre ya estaba muerta cuando el  
caballero conociÃ³ a mi tÃa!

Fringuella iba a contestar pero el joven se le adelantÃ³:

AdemÃs, el despacho ya era de mi abuelo, igual que el  
apartamento. ¿Ahora lo entiende?

El doctor siguiÃ³ mirÃndole burlonamente, como diciendo:  
«¿A mÃ que me cuentas?».

Bruno se irritÃ³ aÃn mÃs:

¿Deje de mirarme asÃ-, imbÃcil!

Entonces el otro, sin alzar la voz y sin levantarse de la silla  
donde se habÃa acomodado:

¿Mentiroso! De hecho estoy convencido de que ahora  
mismo PittÃ² esconde dinero de su padre mientras espera  
la quiebra.

¿EstÃ loco o quÃ? ¿agarrÃ³ el respaldo con  
ambas manos y tirÃ³ al suelo a Fringuella. Seguidamente se  
fue a buscar a su tÃo. En realidad se arrepintiÃ³ al instante  
de la agresiÃn: en el fondo el hombre estaba borracho  
y Ãl ya no era un chiquillo. Sin embargo ya no podÃ-  
a disculparse: serÃa como aceptar que el director tenÃa  
razÃn en todo. Se quedÃ³ con el remordimiento.

# Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.